

MEDICINA SAGRADA

e

errata naturae



MEDICINA SAGRADA

UN VIAJE POR LA HISTORIA Y LAS TRADICIONES

DE LAS PLANTAS MAESTRAS

Y LAS SUSTANCIAS PSICODÉLICAS

Y

**UN MANUAL
PARA SU USO TERAPÉUTICO**

CODY JOHNSON

TRADUCCIÓN DE DAVID MUÑOZ MATEOS

e

errata naturae

Nuestros libros se imprimen con un papel de cubierta CREATOR SILK, y para los interiores utilizamos papel CORAL BOOK O MUNKEN PRINT. Todos ellos cuentan con las credenciales ambientales FSC, ECF, PEFC, ISO14001, ISO9001, ISO50001 Y OSHAS18001.



PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2020
TÍTULO ORIGINAL: *Magic Medicine. A Trip Through the Intoxicating History and Modern-Day Use of Psychedelic Plants*

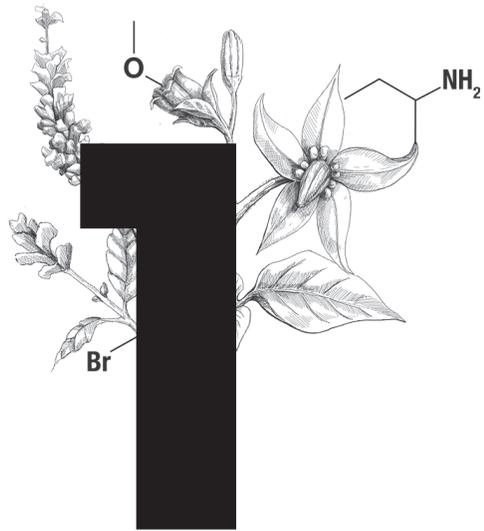
© Quarto Publishing Group USA Inc., 2018
© Cody Johnson, 2018
© de las ilustraciones, Holly Neel, 2018
© de la traducción, David Muñoz Mateos, 2020
© Errata naturae editores, 2020
c/ Alameda 16
28014 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-52-9
DEPÓSITO LEGAL: M-5508-2020
CÓDIGO IBIC: DN
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

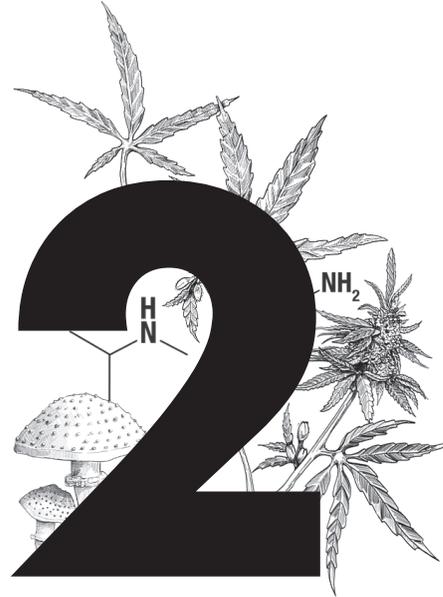
20 – 123



SUSTANCIAS PSICODÉLICAS CLÁSICAS

- 22 2C-B Y LA FAMILIA 2C
- 32 5-MeO-DMT
- 38 AYAHUASCA
- 50 DMT
- 60 DOM Y LA FAMILIA DOx
- 66 LSD
- 80 GLORIA DE LA MAÑANA
- 88 PEYOTE
- 96 HONGOS PSILOCIBIOS
- 112 SAN PEDRO
- 118 YOPO Y GRANOS DE VILCA

124–145



SUSTANCIAS PSICODÉLICAS EMPATÓGENAS

- 126 MDA
- 134 MDMA

146–185



SUSTANCIAS PSICODÉLICAS DISOCIATIVAS

- 148 DXM
- 158 KETAMINA
- 168 ÓXIDO NITROSO
- 178 SALVIA DE LOS ADIVINOS

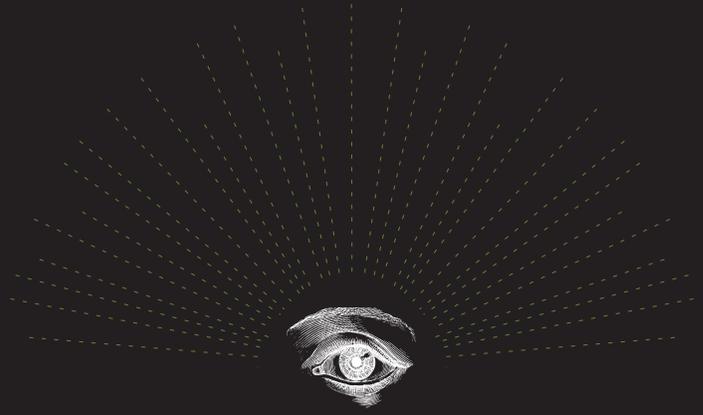
186–239



SUSTANCIAS PSICODÉLICAS ÚNICAS

- 188 *AMANITA MUSCARIA*
- 198 CANNABIS
- 210 DÍPT
- 218 PECES Y ESPONJAS DE MAR
- 226 IBOGA
- 234 MIEL LOCA

- 240 AGRADECIMIENTOS
- 241 SOBRE EL AUTOR
- 243 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS
- 249 ÍNDICE ONOMÁSTICO



UNA MIRADA AL FUTURO

LA MEDICINA PSICODÉLICA

Es martes por la tarde, acabas de salir de trabajar y entras en el edificio de la Clínica Psicodélica. En recepción te piden que te identifiques para confirmar tu cita. «Adelante, le estábamos esperando. Por aquí». Inmediatamente, te conducen a una sala agradable con una pared llena de libros, bañados por la luz dorada que entra por un gran ventanal.

Y entonces aparece el terapeuta, que se parece más a un afable profesor que a un médico: gafas de carey, chaleco marrón, deportivas. «Siéntese», dice mientras te señala un sillón que parece bastante cómodo. Luego te ofrece un vaso de agua y una pequeña pastilla. Te tomas esos ciento cincuenta miligramos de MDMA puro (éxtasis) y te relajas en el sillón. Comienza la sesión.

¿Absurdo? Si la investigación sobre las terapias psicodélicas sigue progresando, es probable que esta situación se encuentre más cerca de lo que imaginas. Rick Doblin, fundador y director ejecutivo de MAPS —la Asociación Multidisciplinar para los Estudios Psicodélicos—, considera que las psicoterapias asistidas con MDMA recibirán la aprobación de la Administración de Alimentos y Medicamentos de los Estados Unidos (FDA, en sus siglas en inglés) en el año 2021. Tras varias décadas a la vanguardia en cuanto a la investigación y la promoción de la puesta en práctica de este tipo de terapias, MAPS está a punto de conseguir que por primera vez en la historia una sustancia psicodélica sea reconocida como fármaco.

Y a tenor de la multitud de artículos publicados recientemente acerca de los beneficios para la salud de la psilocibina, el LSD y la ayahuasca, está claro que no será la última. Las sustancias psicodélicas han sido, y en muchos casos aún son, objeto de un sinfín de recelos y temores, pero tal vez ahora que la ciencia comienza a apoyar su uso terapéutico, la idea de unas clínicas especializadas que se sirvan de compuestos psicodélicos para acompañar el desarrollo mental, emocional e incluso espiritual del individuo no será ninguna fantasía en un futuro no muy lejano.

¿CUÁL ES TU EXPERIENCIA?

Todo comienza, por supuesto, con la experiencia psicodélica. Nadie que la haya vivido necesita que le expliquen lo que es. Y, en realidad, las palabras no alcanzan para transmitir los mundos extraordinarios, de dimensiones irreconocibles, ni las profundidades emocionales que se alcanzan con ciertas sustancias. Es ridículo hasta intentarlo. ¿Cómo capturar algo tan escurridizo como la conciencia con la burda red del lenguaje humano?

Escribir sobre sustancias alucinógenas es como bailar la arquitectura, parafraseando la ocurrencia atribuida a Martin Mull. Ahora bien, este baile en particular nunca pierde su atractivo. Cada vez son más los lectores, ávidos de información o con ganas de emprender sus propios viajes, que siguen los testimonios que aventureros psicodélicos de todo el mundo comparten a través de internet.

Ante las limitaciones que encontraban en el vocabulario tradicional para una experiencia tan vasta, los entusiastas de los psicodélicos han desarrollado un argot propio para describir los huidizos efectos de estas sustancias. Todo el mundo

conoce la palabra «tripi», un término genérico que en inglés (*trippy*) se emplea ya para describir distorsiones perceptivas semejantes a las que provocan las sustancias psicodélicas, ya sean los *riffs* reverberantes de una guitarra o la imagen de un fractal. Los «relatos del viaje» disponibles *online* —testimonios en primera persona de experiencias psicodélicas, que incluyen información sobre dosis, intensidad y duración— mencionan a menudo el *headspace* [espacio mental] y el *body load* [carga corporal] de una determinada molécula. *Headspace* se refiere al conjunto de efectos mentales que genera una sustancia psicodélica, tanto con respecto al estado de ánimo general como al estado cognoscitivo. El término *body load*, por su parte, se utiliza para describir ciertas sensaciones físicas desagradables, como la pesadez o la angustia. Existe incluso una palabra para describir a los exploradores psicodélicos: «psiconautas», derivada de las raíces griegas para «espíritu» y «viajero».

Nadie es inmune a la fascinación que provocan los estados alterados de conciencia y las plantas y las sustancias químicas que los desencadenan. Hasta quienes han jurado abstinencia y sobriedad caen presa del asombro al conocer sus efectos. Resulta extraordinario que algo tan minúsculo —un puñado de hojas, una pizca de polvo blanco— pueda provocar cambios tan cruciales, tan abrumadores, en el ser humano. Es, en buena medida, una lección de humildad.

Las sustancias psicodélicas derriban las barreras que existen entre los individuos y en lo más profundo de cada persona: abren puentes que cruzan vacíos y unen mundos en apariencia irreconciliables. En la historia de los alucinógenos se dan la mano ciencia y religión, arte y filosofía, botánica e ingeniería farmacéutica, medicina moderna y chamanismo. Dado que la experiencia psicodélica es, en esencia, una experiencia profundamente humana, no hay ámbito o disciplina que quede fuera de su alcance.

LOS AUTÉNTICOS RIESGOS

Durante siglos, en la mayoría de las culturas tradicionales, las plantas y los hongos psicodélicos han sido sacralizados o respetados como medicinas poderosas. Sin embargo, la cultura occidental moderna, que se ha dedicado a tratar de destruir todo aquello que no puede comprender, los ha hecho objeto de desdén, prohibiciones o miedo. Es una actitud radicalmente opuesta a la de muchos pueblos

indígenas, que integraron las sustancias psicodélicas en el viaje de sus vidas y transmitieron de generación en generación estos conocimientos sagrados para consumirlas y servirse de sus poderes. Dicho rechazo llama la atención porque la realidad es que, entre todas las sustancias de las que uno puede «abusar», las psicodélicas son de las menos nocivas. No se conocen casos de víctimas mortales por sobredosis de LSD, psilocibina o peyote. Los viajes fatales hay que atribuirlos a comportamientos tan imprudentes como la mezcla de sustancias psicodélicas con otras drogas, el consumo excesivo sin supervisión o en zonas aisladas y peligrosas, o la conducción bajo los efectos de estas sustancias, comportamientos que podrían evitarse con una mejor preparación y educación. Los estudios clínicos demuestran que el uso de sustancias psicodélicas en condiciones controladas resulta significativamente seguro.

Además, detrás de la actitud negativa de nuestra cultura hacia estas sustancias «peligrosas» encontramos una trágica ironía: al prohibirlas no hemos hecho sino aumentar los riesgos. Cuando la gente adquiere «éxtasis» o «molly» (en el inglés coloquial, MDMA en polvo) no sabe lo que está comprando en realidad, ni su pureza. Es como pedir vermut en un bar y no saber si lo que te van a servir es un vermut o un whisky triple. O un brebaje compuesto por una potente mezcla de cafeína, ketamina, metanfetamina y otros estimulantes de los que nunca has oído hablar. Pues esto ocurre en la actualidad con todas las sustancias psicodélicas ilegales. Si a eso añadimos que quienes las consumen evitan solicitar ayuda médica por miedo a que les imputen un delito, encontramos que, en lugar de reducir los problemas asociados a estas sustancias, el enfoque prohibitivo ha redoblado el peligro. Parece razonable pensar que para minimizar los riesgos del consumo de sustancias psicodélicas, habría que modificar de inmediato y por completo las políticas públicas y dirigirlas hacia la regulación y la educación, no a implementar medidas punitivas que conviertan a los consumidores en criminales.

En el contexto del chamanismo, las sustancias alucinógenas se conocen a menudo como «plantas maestras», nombre que nos recuerda que no es la experiencia psicodélica en sí misma lo que anhelan quienes las utilizan, sino el aprendizaje que se obtiene a través de ellas. Para estas culturas, la experiencia psicodélica, lejos de ser un acto recreativo, el clásico colocón del sábado

por la noche, se materializa como un viaje curativo, una búsqueda visionaria o un rito de iniciación. Nuestra cultura, inmersa en su indiscriminada y sacrosanta Guerra contra las Drogas, casi nunca ve diferencia alguna entre sustancias visionarias y vicios adictivos como la heroína o la metanfetamina. Tampoco ayuda la lacra por la cual el imaginario popular de la psicodelia sigue asociándose con la década de los sesenta y el temerario hedonismo de aquella época.

Sin embargo, el consumo «no autorizado» se encuentra muy extendido. En cabañas de paja en lo más profundo del Amazonas, en el festival Burning Man en mitad del desierto de Black Rock, en Nevada, en conciertos de música electrónica y clubs nocturnos, en el sofá del terapeuta, bajo las estrellas... Allí donde haya gente, casi siempre habrá alguien consumiendo sustancias psicodélicas.

LOS MIL NOMBRES DE LOS PSICODÉLICOS

Pero ¿qué es en realidad una sustancia psicodélica? El término «psicodélico» nació en la correspondencia que se enviaron durante los años cincuenta dos reputados intelectuales. Fascinados tanto por el LSD, un compuesto relativamente nuevo, como por su precedente tradicional, la mezcalina, una sustancia obtenida a partir de ciertos cactus, el escritor Aldous Huxley y el psiquiatra e investigador Humphry Osmond trataron de acuñar un concepto para referirse a los singulares efectos que provocaban.

Hasta ese momento, el LSD y la mezcalina se consideraban sustancias «psicotomiméticas» —literalmente, «que simulan la psicosis»— o «alucinógenas», lo que reducía su complejidad a un único efecto. Ninguno de esos apelativos era el adecuado. Al final, fue Osmond quien sugirió el neologismo «psicodélico», término que deriva de dos voces griegas, *ψυχή*, «espíritu», y *πρόδηλη* «manifestar», y significa «aquello que hace que la mente o el espíritu se manifiesten». A partir de ahí, la historia es de sobra conocida. En la actualidad, todo el mundo, desde psicólogos y químicos a artistas y músicos, emplea la palabra «psicodélico» para referirse a esas moléculas triposas que trastocan nuestra percepción del mundo y de nosotros mismos.

Pero los límites del término son difusos. A veces, se utiliza sólo para referirse a las sustancias psicodélicas «clásicas», aquellas que actúan sobre los receptores de serotonina: LSD, psilocibina, mezcalina y similares. Pero puede expandirse para incluir cuatro tipos diferentes de sustancias:

1. Los cientos de compuestos que afectan a la regulación de la serotonina.
2. Los «disociativos», como la ketamina y la salvia de los adivinos, que provocan sensaciones de desdoblamiento del propio cuerpo, es decir, experiencias extracorporales.
3. Los «empatógenos», como el MDMA, cuyo efecto alucinatorio no es tan manifiesto como el de otras sustancias, pero que también amplifican las emociones y la percepción de manera psicodélica.
4. Las sustancias «únicas» que no pueden catalogarse tan fácilmente. Entre ellas se encuentran cannabinoides como el THC, que, en dosis elevadas, puede provocar ensoñaciones visionarias.

Normalmente se excluyen de esta categorización ciertas plantas, conocidas como delirantes, entre las que se encuentran la belladona o la datura, ambas susceptibles de resultar mortales. Aunque también son alucinógenas, presentan diferencias tan marcadas con respecto a las sustancias psicodélicas —y sus efectos son tan desagradables— que suelen englobarse en un grupo aparte.

Para este libro he optado por un enfoque amplio. Están incluidas todas las sustancias psicodélicas básicas, algunas de las disociativas y empatógenas y un par de delirantes que rayan en lo psicodélico. Todas comparten una cualidad esencial: no se limitan a amplificar aspectos habituales de la conciencia, como el placer, sino que generan estados anímicos y condiciones del ser inaccesibles para una conciencia sobria durante la vigilia.

Todo aquel que se haya interesado alguna vez por las sustancias psicodélicas —ya sea neófito o usuario experimentado, de curiosos y eruditos a escépticos y espíritus radicalmente científicos, de terapeutas y pacientes a botanófilos y antropólogos de salón— encontrará aquí algo que responda o corresponda su interés. Cada capítulo profundiza en la prolija historia de una planta o un compuesto en particular y explora sus usos terapéuticos y espirituales, no sólo en contextos indígenas sino también en la me-

dicina moderna, donde las sustancias psicodélicas se están forjando rápidamente una reputación de potentes herramientas de curación. También podrá leer los testimonios de muchos de los que trataron de forzar las «puertas de la percepción» para arrojar un haz de luz sobre nuestras sobrias mentes.

En muchas culturas, el uso ritual de sustancias psicodélicas es un fenómeno arraigado en lo más profundo que ayuda a la gente a conectar con sus ancestros, con sus dioses y con ellos mismos de maneras que otros métodos no pueden igualar. Todo aquel interesado en la condición humana —compleja, emotiva, dolorosamente autoconsciente, conocedora del pasado pero con un ojo puesto en la incertidumbre del futuro, siempre formulando nuevas preguntas, siempre generando nuevos relatos acerca del mundo en el que vivimos— debería sentir curiosidad por estas sustancias.

Éste no es, ni pretende ser, un libro denso ni académico. No se necesita formación en botánica, química o medicina para comprenderlo. Todo lo que hace falta es abrirlo para descubrir algunas de las plantas y moléculas más fascinantes que existen sobre la faz de la tierra. Tampoco es un manual de instrucciones. Quien quiera información sobre cómo consumir las sustancias que se mencionan tendrá que buscar en otro lugar y recurrir a otras fuentes.

En estas páginas conocerás la ayahuasca, la poción de la selva que nace de la sinergia de dos especies vegetales, ninguna de las cuales provocaría efecto alguno sin la otra. Aunque ha sido el pilar visionario del chamanismo amazónico durante miles de años, los «turistas espirituales» no la han descubierto hasta hace unas décadas, y ahora viajan en manada a Perú para encontrarse a sí mismos en el fondo de una taza de barro llena de un líquido amargo.

El principal compuesto psicoactivo de la ayahuasca, el DMT, también empieza a ser conocido y ampliamente utilizado. Cuando se extrae de su contexto originario y se inhala, suele ofrecer quince minutos de viaje estratosférico a nuevas dimensiones. Los viajeros mentales se adentran entonces en paisajes interiores surrealistas, habitados por criaturas procedentes de otros mundos y diversas «entidades DMT» que, según afirman, realizan actos sobrenaturales ante los ojos asombrados del visitante humano.

Junto a él está el DiPT, un compuesto poco conocido pero de una extraordinaria singularidad. Mientras que la mayoría de las sustancias psicodélicas desencadenan extrañísimas alucinaciones visuales, los efectos del DiPT consisten en una distorsión de la percepción auditiva. Los sonidos presentan tonos mucho más

bajos, un efecto similar —el opuesto— al de inhalar helio antes de hablar. Bajo sus efectos, la música, por ejemplo, resulta celestial o infernal dependiendo de a quién le preguntes.

Por supuesto, no olvidaremos los habituales: el LSD, tal vez la más famosa de las sustancias capaces de provocar perturbaciones mentales de todo el siglo xx; la psilocibina, la «magia» de los hongos mágicos; o el peyote, el cactus de lento crecimiento reverenciado por los pueblos nativos del desierto de Chihuahua, en México.

Y nos detendremos también, por ejemplo, en la «miel loca», un exótico alimento del Himalaya, fruto del trabajo de las abejas que habitan esas montañas, rica en los compuestos psicoactivos de las flores del rododendro que salpican las paredes de la cordillera. O la ketamina, preciada por anestelistas, juerguistas y viajeros astrales por igual, cuyos extraordinarios efectos antidepressivos son objeto de multitud de investigaciones en la actualidad. Y esto es sólo el principio... En la prolija farmacia de la naturaleza encontramos también ranas, peces y hasta esponjas marinas psicodélicas.

Además, conocerás un amplio elenco de personajes pintorescos, desde Sir Humphry Davy —el brillante químico del siglo xix que inhaló tanto óxido nítrico que estuvo a punto de morir— hasta Alexander Shulgin, el padrino de la química psicodélica, un brujo molecular moderno que descubrió cientos de sustancias psicodélicas sintéticas nuevas y es responsable de la popularización del MDMA o éxtasis.

Junto a ellos, harán acto de presencia Timothy Leary, el profesor de Harvard reconvertido en gurú contracultural que acuñó el famoso eslogan «Turn on, tune in, drop out» [Conecta, sintoniza, despréndete]; Ken Kesey, escritor y líder de los Merry Pranksters; John C. Lilly, el controvertido investigador cuyos estudios se ocupaban de los delfines, el lenguaje y las sustancias psicodélicas, no siempre por separado; y Terence McKenna, el bardo del más allá que buscaba lo poético en las inteligencias no humanas, las dosis heroicas y los primates colocados.

EL RENACIMIENTO PSICODÉLICO

Tras un parón de varias décadas —causado por la hegemonía de la Guerra contra las Drogas que siguió a los turbulentos años sesenta— la investigación psicodélica ha regresado. Y en esta nueva etapa los hippies de pelo largo montados en sus furgonetas contraculturales han sido sustituidos por terapeutas

de voz serena y científicos con batas blancas. Primero fueron la música y el arte, ahora la psicodelia ha llegado a la ciencia y la medicina. Paso a paso, las sustancias psicodélicas se vuelven *mainstream*.

No es que hayan cambiado las leyes —el sistema de prohibición de drogas aún pone muchos obstáculos a estas investigaciones— sino que ha aumentado el número de científicos dispuestos a saltarse las trabas burocráticas para estudiar este tipo de sustancias.

Los organismos gubernamentales empiezan a acercarse también a estos frutos prohibidos. MAPS, la organización sin ánimo de lucro que encabeza la mayoría de los estudios sobre sustancias psicodélicas en Estados Unidos, trabaja ya con la FDA en la investigación sobre el MDMA y su posible utilización en pacientes con trastorno de estrés postraumático en Estados Unidos. Y ha colaborado con el Departamento de Asuntos de los Veteranos en terapias asistidas con MDMA para ayudar a los soldados a recuperarse del trauma.

En los últimos años se han producido avances prometedores en la investigación acerca del posible empleo de compuestos psicodélicos para tratar diversos trastornos mentales, como la depresión, el trastorno obsesivo compulsivo, la ansiedad generalizada, la cefalea en racimos e incluso la adicción a determinadas drogas. Cada uno de esos estudios ha confirmado que estas sustancias poseen, de hecho, un gran poder curativo, reivindicando así las viejas certezas de los pueblos indígenas.

Los tratamientos con la psilocibina y LSD en pacientes terminales que sufrían depresión resistente a los medicamentos tradicionales han sido asombrosos. Bastó una única sesión para que la mayoría de los participantes del estudio sintiera cómo se disipaban muchos de sus temores. De algún modo, lograron reconciliarse con su propia mortalidad y entrevieron la posibilidad de una vida en paz y plenitud.

Es posible que quienes luchan contra la adicción también estén de enhorabuena. Se ha comprobado que el LSD favorece la reducción del consumo entre alcohólicos y que la psilocibina puede servir de ayuda para dejar de fumar. La ibogaína, una sorprendente sustancia psicodélica derivada de un arbusto africano, ha alcanzado tanta fama entre los heroinómanos que las clínicas de rehabilitación que se sirven de ella se están extendiendo por todo el mundo.

La investigación sobre la ketamina también se ha revelado prometedora en lo relativo a las enfermedades mentales. En sentido estricto no es una sustancia psicodélica, sino disociativa (aunque la incluyamos en este libro teniendo en cuenta la definición amplia de «psicodélico»), y se ha utilizado para tratar el alcoholismo, la adicción a los opioides o el dolor crónico, aunque son especialmente significativos sus resultados en individuos con depresión severa. Hasta los casos de depresión más difíciles y de peor respuesta al tratamiento suelen reaccionar de manera favorable a una inyección de ketamina, cuyos efectos de estabilización del ánimo duran más o menos una semana. Son investigaciones preliminares, pero en Estados Unidos ya hay clínicas que ofrecen terapias asistidas con ketamina.

La objeción habitual de que las sustancias psicodélicas son peligrosas para la salud mental resulta, en su mayor parte, infundada. Dos estudios recientes establecieron que no existía relación alguna entre el consumo de sustancias psicodélicas y el trastorno mental. En realidad, estas sustancias parecen poseer cierta capacidad de protección: la gente que las consume informa de niveles más bajos de aflicción psicológica y menos intentos de suicidio. Otro estudio demostró que los presos que habían consumido sustancias psicodélicas tenían menos probabilidades de volver a la cárcel que cualquier otro grupo de reclusos, incluyendo a aquellos que no consumían ninguna sustancia.

Pero, además de poner patas arriba la psiquiatría moderna, las sustancias psicodélicas también están provocando progresos en las neurociencias. En el Imperial College de Londres, los investigadores han realizado los primeros escáneres cerebrales a individuos que habían consumido LSD y psilocibina. Los resultados fueron sorprendentes. Durante el viaje psicodélico, el cerebro no se vuelve hiperactivo, como cabría esperar, sino más caótico y creativo que en estado sobrio, dando pie a lo que un neurocientífico definió como «un estado de cognición sin restricciones».

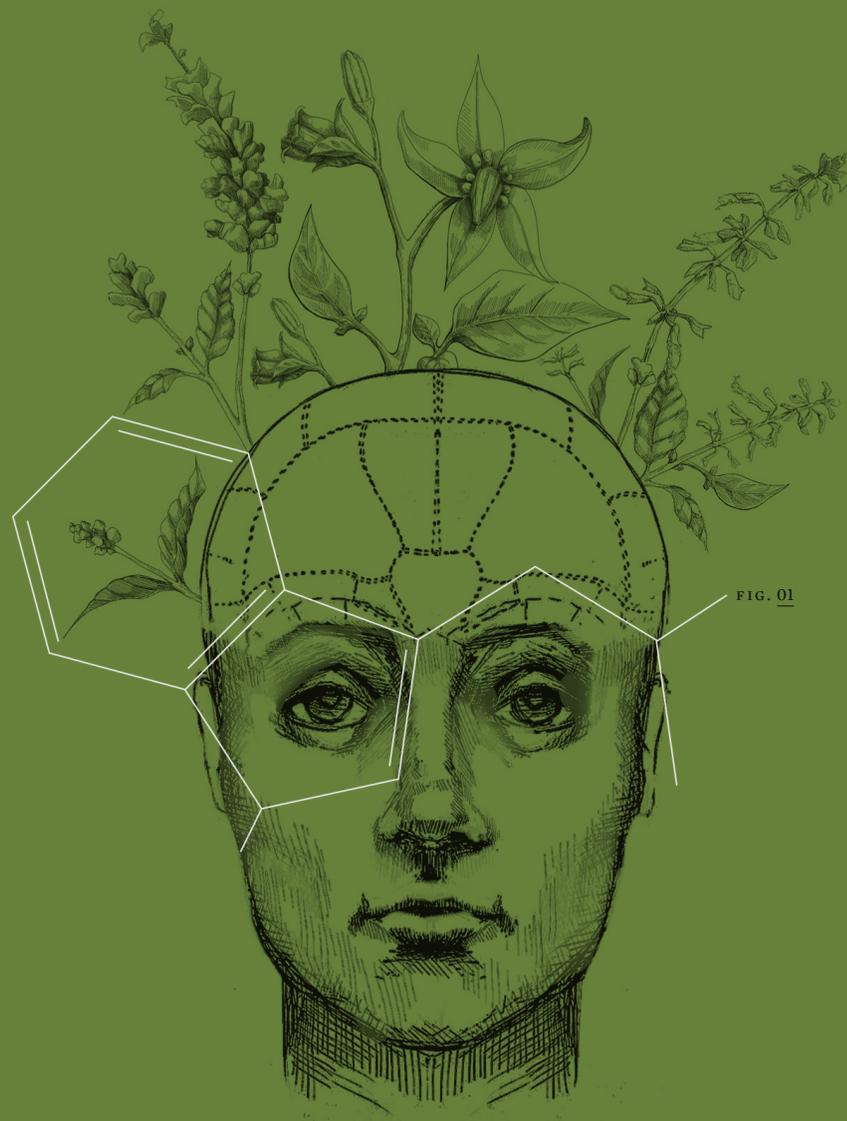
Las sustancias psicodélicas interesan a los neurocientíficos por la misma razón por la que interesan a los chamanes, los artistas y los exploradores mentales. Perturban de manera radical, esencial, nuestra conciencia, el núcleo mismo de nuestro ser. Nos ayudan a conocernos mejor. Como dijo el doctor David Nutt, uno de los principales investigadores en el ámbito de la neurociencia psi-

codélica, «si quieres entender la conciencia, tienes que estudiar las sustancias psicodélicas».

Por fin ha llegado la hora de que el conocimiento científico se reencuentre con la fe milenaria que los chamanes profesan a estas sustancias. No ha existido mejor momento para la ciencia, la medicina y la espiritualidad psicodélica que el actual. Pero, por fascinante que resulte la historia de estas plantas y sustancias, el futuro se presenta aún más prometedor.

En aquel momento, mi única reatada era una masa de energía tan abundante de enormes proporciones que parecía contener la totalidad de la Existencia, de una forma condensada y completamente abstracta. Poseía el fulgor de miles de soles pero no se encontraba en el mismo espectro que ninguna otra luz que yo hubiera conocido antes. Parecía tratarse de una esencia, inteligencia y energía creativa en estado puro, trascendiendo dualidades opuestas. Era infinita y finita, divina y demoníaca, horripilante y enajenadora, creadora y destructora... y mucho más. No disponía de conceptos ni categorías para lo que estaba presenciando. Era tal su fuerza que me impedía mantener la independencia de mi propia existencia.

MI identidad se hizo añicos, quedó disuelta; me volví uno con la Fuente.



CAPÍTULO UNO

SUSTANCIAS PSICODÉLICAS CLÁSICAS

Desde los tiempos ancestrales en que comenzaron a emplearse en las ceremonias chamánicas hasta las combinaciones moleculares recientes, los psicodélicos clásicos provocan diversas alteraciones en el sistema de receptores de serotonina del cerebro. Entre ellos se cuentan sustancias tan icónicas como el LSD, los hongos psilocibios y el cactus peyote, que definen a la perfección la noción de lo psicodélico.

DESCUBRIMIENTO

Alexander Shulgin
en 1974.

2C-B Y LA FAMILIA 2C

DURACIÓN

Muy variable.

SE ASOCIA CON LA PSICOTERAPIA CLANDESTINA Y LA ESCENA PSICODÉLICA MODERNA.

ORÍGENES Y CONTEXTO

En 1974, la familia química de los 2C haría pasar a su descubridor a la historia. A partir de ese momento, estos compuestos han determinado la vida de miles de personas durante varias décadas. Lo que comenzó como un improvisado experimento de un químico algo excéntrico en su laboratorio terminaría convirtiéndose en el origen de algunas de las moléculas psicodélicas más importantes de nuestra época.

El eminente químico psicodélico Alexander Shulgin y su colega Michael Carter no podían ni imaginar, al presentar el 2C-B en 1975, que acababan de liberar a la bestia. La sustancia que habían descubierto sería el origen de una serie de compuestos cuyos defectos y virtudes provocarían décadas de controversias entre químicos, terapeutas y exploradores de la conciencia.

El 2C-B y sus derivados revolucionaron tanto las *raves* como la consulta del psicoterapeuta. Sin embargo, como todo lo que es nuevo y provoca cambios, se convirtieron en fuente de miedos y celos. Muchos países se apresuraron a prohibirlos sin tener en cuenta un potencial terapéutico que parecía compensar con creces unos niveles de toxicidad relativamente bajos. Y así, unos compuestos que cualquiera habría podido comprar sin problema en la mayoría de las tiendas especializadas de Ámsterdam quedaban de pronto relegados al mercado negro.

Los compuestos de la familia 2C, entre los que se encuentra el lúcido afrodisíaco 2C-B, son una de las creaciones más famosas de Shulgin.

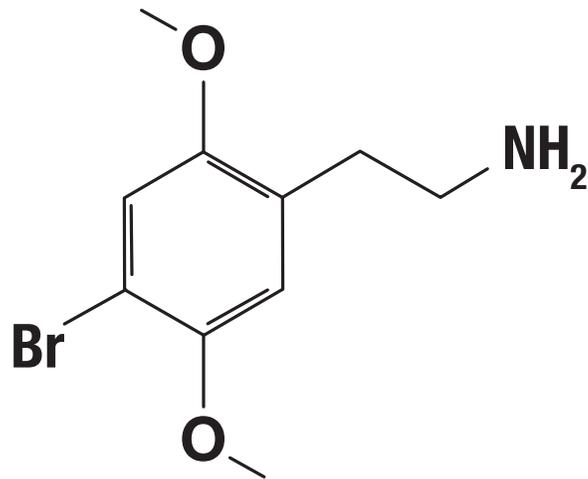


FIG. 1.1

2-(4-BROMO-2,5-DIMETOXYFENIL)ETAMINA